

ANTONIO ESCODERO GUTIERREZ
GLOSADOR 1.995

Alicante, a 28 de marzo de 1995.

Querido Ramón:

Te envío dos copias del pregón. Una está dedicada a los armaos y la otra se la das a la mujer de Luna.

Gracias de nuevo por vuestra invitación. Es un día que no olvidaré.

A handwritten signature in black ink, consisting of several overlapping loops and strokes, positioned above the typed name.

Fdo: Antonio Escudero

En honor de los armeros de mi pueblo en
un día que no olvidaré.

1

Ramón Sáez me comunicó hace unas semanas que los armeros de Orihuela me invitaban a ser este año su pregonero. Le dije entonces que me sentía honrado y digo ahora públicamente lo mismo. Es para mí un honor dirigirles unas palabras porque ustedes representan una de las más hermosas tradiciones de nuestro pueblo.

Yo me gano la vida ejerciendo de historiador, así que me permitirán que inicie el pregón contándoles algo de la Orihuela que recuerdo.

Cuando uno piensa en su niñez o en su adolescencia sólo logra rememorar instantes. Recuerdo instantes de nuestro paisaje. La luz, las palmeras, los naranjos, las moreras y la sierra. Cuando vivía en Bilbao, añoraba ese ambiente mediterráneo y huertano tan distinto a la lluvia y a los humos de las fábricas que rodean la ría del Nervión. Solía entonces leer a Miguel Hernández y escuchaba al poeta requerir a su tierra desde el asfalto madrileño. Decía Miguel:

Alto soy de mirar a las palmeras
rudo de convivir con las montañas...
Yo me ví bajo y blando en las aceras
de una ciudad espléndida de arañas.
Difíciles barrancos de escaleras,
calladas ataratas de ascensores,
!qué impresión de vacío!,
ocupaban el puesto de mis flores,
los aires de mis aires y mi río.

Otras veces escucho palabras del habla oriolana. Rico: APAÑAO. Estéril: CASOLETA. Tonto solemne: FACORRO. Golfería: GORFAINA. Vago: MINDANGO. Más que vago: SANGUANGO. Parálisis: PARALÍS. Epilepsia: PIPIRITAJE. Idea súbita: RAMALÁ. Tormenta: REMOVÍA. Saltamontes: SALAGUSTÍN. Golpe: SAMARRASO. Torpe: SEPORRO. Certeza: SERTENIDAD. Infinidad: SINFINITUD.

Dejad que os lea lo que uno de nuestros hombres de la huerta le decía a don José Guillén sobre el cáñamo:

"EL CAÑAMO HA SÍO, DE TOA LA VÍA, LA COSECHA MÁ S PRENSIPAL, QUITAO LA NARANJA, EN TOA LA VEGA BAJA; Y MÁ PAL GÜERTANO PROBE, QUE NO HA TENÍO ENJAMÁ UN ROALICO GÜERTO Y SA TENÍO CAPAÑAR CON LA MIAJA TIERRA EN BLANCO. TOL MUNDO HA PLANTAO CÁÑAMO PORQUE SIEMPRE HA RINDÍO Y PORQUE ERA ENANTE UN PRODUCTO QUE SA PODÍO ARSAR PA VENDELO CUANDO VENÍAN TORSÍA LA COSA U EN CUANTI UNO SE QUEDABA LIMPICO, SIN PERRA. ABORA HAN BAJAO LO PRESIO Y HAN SUBÍO LOS JASTO, Y SEMBRAR CÁÑAMO E UNA PERDIGUERA".

También recuerdo lugares de la vieja Orihuela. La medida renacentista del patio de la Universidad. El austero gótico de la fachada de la catedral. La soberbia orfebrería de la puerta de Santiago. La dulzura de la plaza nueva o la antigua soledad de los andenes.

No he olvidado instantes de los años que pasé en el Colegio de Santo Domingo. La rejullaera del patio de Lourdes. Los largos y tristes estudios en el salón Pío XII. La bondad de don Joaquín Cánovas. Las raíces cuadradas de don Ricardo Boné o los ablativos absolutos de don Vicente Antón.

Otras veces rememoro a nuestros personajes más populares y

por ello esenciales. Recuerdo por instantes al Sabio Caralampio, que creó una nueva ciencia y la compiló en novecientas ochenta frases de mundología caralampiana. Lo veo sentado en su barbería de la barrera. Me observa, medita y me dice. ANTOÑITO, DIGO YO: AL QUE LO FORMAN, ELIGE.

También recuerdo a don Antonio Rodriguez Egío. Por si algún joven lo ignora, el Macando era dueño de El Zara y alrededor de su gracia e ingenio creció la más jocosa de las tertulias oriolanas. Al Macando se lo llevó la vejez y a la tertulia la mató la televisión.

Hay momentos en los que vuelvo a ver don Alejo, director de Santo Domingo, el más grandielocuente de los canónigos de la diócesis. Una tarde irrumpió con solemnidad en el estudio Pío XII. Se armó de tiza. Se acercó a la pizarra y escribió en maravillosa letra de caracteres góticos: PROFESAMOS LA ASCETICA DE LA VERDAD SIN GRUPISMOS. Este fué durante años el lema de Santo Domingo. Y dudo que ningún otro colegio haya poseído insignia tan fastuosa.

Mi padre me llevaba con frecuencia a los toros. Mi abuelo al fútbol. En los toros conocí a Pepiso, fino subalterno que combatió la pobreza enfrentándose a las bestias con la fervorosa devoción que los toreros profesan a su oficio. También conocí al Caracol, algunas de cuyas verónicas todavía aplauden unos aficionados que se han quedado sin su plaza. En los Arcos ví jugar a Ramonico. No superaba el 1,65 de altura pero su estatura futbolística le hacía mearse en un palmo a defensas gigantes para burlar luego al portero acariciando la pelota con el tacón. Su corazón le impidió seguir triunfando y a quienes le

admirábamos se nos partió entonces el corazón.

Cuando yo era adolescente no había discotecas en Orihuela. Tampoco se nos permitía trasnochar. Pero dudo que alguien se haya divertido más que nosotros. Nosotros bailábamos en los guateques. Fumábamos a la fresca de la terraza del Riacho. Escalábamos rumbo al castillo para disfrutar de la mona pascuera y del verde de la vega. También cantábamos serenatas a nuestras amadas. Nosotros, Joaquín Quiles, Pepe Balaguer, Guillermo Fabregat, Parrita, Manolo Molino, Manolico Riquelme, Juanito Manuel, Angel Salar... Estos son algunos de los viejos amigos que me viven. A otros los derribó un hachazo invisible y homicida al que nunca perdonaré. Julio Aparicio, Pascual Marín y Pepe Murcia.

La Semana Santa era tiempo de vacaciones y de azahar. También la recuerdo por instantes. Palmeras en la mañana del Domingo de Ramos. Peinetas por la tarde - ¿recordáis con qué garbo lucía la suya la Carisa? -. El lunes, el huevo duro. El martes, el perdón. El miércoles, el lavatorio. El jueves, el silencio. Todas las cofradías en la magna noche del viernes. El sábado, el caballero cubierto y la terrible Diablesa. Luego, el Domingo de Resurrección, con la glorieta siempre iluminada por el sol y por la banda municipal.

Las procesiones las encabezaba la autoridad, que entonces era Atanasio. Tronaba después la convocatoria, decenas de sagales aporreando sus tambores con párvula anarquía. A continuación, la banda del Oratorio acompañada por don Antonio Roda, siempre vigilante del orden de las filas y del vigor de las trompetas. Luego los pasos. La santa cena, la oración en el huerto, el prendimiento, Pilatos, los azotes y la dolorosa. Vosotros, los

armaos, cerrábais la procesión.

Vuestra Sociedad Compañía se fundó en 1891 si bien la tradición de que algunos mozos se disfrazaran de soldados romanos para acompañar a los pasos de la Semana Santa se remonta a la Orihuela del siglo XVII. Ingresaron en aquella centuria de fines del pasado siglo jóvenes artesanos que abonaban como cuota 1 peseta al mes. Y que nadie se llame a engaño. En 1892, un bracero de nuestra huerta ganaba un jornal de a peseta, de manera que aquellos oriolanos realizaban un esfuerzo económico para contribuir al mayor esplendor de sus procesiones.

Vinieron luego años críticos. Las cuotas de a peseta no lograron cubrir los gastos y los armaos dejaron de desfilar. A vuestra centuria la salvó en los años 20 un prócer ya olvidado, don Ramón Montero. Era don Ramón oriolano de fortuna y de tradición y por ello financió vuestros desfiles. Cuentan que cada año, al despedir la Semana Santa en la calle del Molino, el mecenas advertía a las armaos que le vitoreaban: HASTA EL AÑO QUE VIENE, SI DIOS QUIERE Y LA NARANJA SE VENDE BIEN.

El pueblo llano lo apodaba el Emperador. Y es que, según relatan quienes le conocieron, aquella humanidad de armao centelleaba al saludar desde su ampuloso trono de la pechina o desde su no menos fastuosa carroza de los pavos reales.

En cierta ocasión, visitaron a don Ramón dos jóvenes que acababan de terminar la mili y deseaban desfilar de armaos. !HOMBRE, MUY BIEN! YA TENEMOS DOS BUENOS GASTADORES, exclamó el Emperador. NO, MIRE USTED - dijeron los mozos - NOSOTROS HEMOS SERVIDO EN ARTILLERIA. MALO - contestó don Ramón - NO ME GUSTA LA ARTILLERÍA PA LOS ARMAOS. Después de que me contaran esta

anécdota entendí por qué cuando un oriolano desconfía de alguien o de algo murmura: NO ME GUSTA LA ARTILLERIA PA LOS ARMAOS.

Don Ramón murió mientras rezaba en la catedral y toda Orihuela asistió a su entierro no porque hubiera sido alcalde, concejal, cabo del somatén y jefe de bomberos. Lo que realmente congregó a los oriolanos fué que don Ramón había sido Emperador de los armaos.

Otros entusiastas capitanes continuaron en los años 30 la obra de vuestro primer mecenas: Baldomero Galindo y Jesús Botella. Dicen del primero que inventó la más vistosa y complicada de vuestras maniobras: la vuelta del caracol. Consistía aquella filigrana en enroscar y desenroscar las filas de armaos de manera que el movimiento colectivo de la centuria dibujara una espiral. La puerta del casino fué el lugar elegido para estrenar la maniobra y fué tal su éxito que, al día siguiente, la calle de Rufino Gea, donde vivía vuestro capitán, apareció con un nuevo rótulo: CALLE DE BALDOMERO GALINDO, CAPITAN DE LOS ARMAOS.

A principios de los cuarenta, pugnaron por la jefatura de la centuria Luis Boné Rogel y Ramón Genovés Montero. El enfrentamiento entre "Montescos" (los de Montero) y "Capuletos" (los de Boné) escindió vuestra compañía, que en 1945 desfiló por separado.

Eran los "Montescos" armaos más acaudalados que los "Capuletos" y por ello se hicieron acompañar ese año por la banda municipal de Bigastro. Los de Boné, por el contrario, desfilaron con la única escolta musical de un tambor, el de Josete. Aseguran los cronistas que David venció a Goliat puesto que la tempestad

del timbal del ilustre peñero acalló toda una sinfonía de saxofones, flautas y clarinetes. Esa noche, en la calle del Molino, vuestro eterno glosador, don Mario Cartagena, exclamó: JOSETE, EL TAMBOR QUE DERRUMBSO EL IMPERIO.

Aquellas hostilidades duraron poco. Probablemente, mi padre haya olvidado que en el año 46 escribió en una revista local: "FUI TESTIGO DE UNA PAZ QUE TODO ORIOLANO DESEABA: LA UNION DE LAS DOS CENTURIAS OLEZANAS". También es probable que Emilio Bregante no recuerde que escribió: "EL ARREGLO SE IMPONIA PORQUE LOS PROTAGONISTAS SE QUERIAN ENTRAÑABLEMENTE".

Estos son algunos momentos de una historia que he aprendido escuchando a mis mayores y leyendo a vuestro cronista Carmelo Illescas.

Es una historia que yo no conocí. La que recuerdo comienza con un estandarte bordado en oro: SPQR. SENATUS POPULUSQUE ROMANUS en latín y SAN PEDRO QUISO REINAR en legítimo oriolano. Aparece luego Boné, sastre de armaos y alma de la centuria. Va subido a una cuadriga tirada por caballos adornados con penachos. Luce vuestro capitán faldilla de terciopelo verde. En su peto lleva bordado un resonante pavo real y cubre su espalda una capa atildada de exuberante vegetación. Por lo demás, empuña alfange de aguilta imperial y reafirma su poderío un pomposo yelmo niquelado de laurel y rematado con penacho multicolor.

Le siguen centuriones, heraldos, pretorianos, abanderados y gastadores. Toda una marcial y fastuosa legión a la que escolta una no menos aguerrida tropa de escudos, lanzas y corazas movidas al compás de las cornetas y tambores de Bartolos y Catalos.

Escucho los repliques del timbal de Josete y en el pelotón

de los torpes aparece la inmensa gachonería del más célebre de los armaos. Es pequeño pero fortachón. Sus piernas son parrancanas pero danzarinas y se le ve la boina por debajo de la cimera. Todos sabeis que hablo de Pitoto, aquel ciudadano que nació pobre en la Peña y que murió pobre en el asilo porque nunca quiso cobrar lo que nos hizo disfrutar.

El desfile ha terminado. Civiles y nazarenos gozan de la primavera en las terrazas del Café Levante y del Bar Español. Cumplido el solemne deber de ensalzar la procesión, la centuria inicia su particular algarabía. Nada es ya marcial ni ceremonioso. Todo es ahora profundamente pirotécnico porque retruena lo atávico, eso que generación tras generación habeis heredado y cultivado los armaos: el culto a la diosa Isabelita y el placer de saborear el Arroz con col.

Esta Semana Santa vendré a presenciar vuestros desfiles. Y cuando os vea, sentiré nuestra atmósfera mediterránea y huertana y sentiré hablar el panocho. Visitaré rincones de la Orihuela perdida. Platicaré con el Macando y con el Sabio Caralampio. Aplaudiré los quites de Pepiso y los goles de Ramonico. Subiré a la sierra con mis amigos. Admiraré las galas del capitán Boné y también gozaré de la bizarría de Pitoto.

Estas son, armaos, algunas de las razones por las que nunca os perdonaría que dejárais de ser armaos.

.....